

Saludo conclusivo de la Superiora General Seminario Internacional 10-20 de junio de 2010

*“Bendigamos al Señor, que todo nuestro ser bendiga a su santo Nombre;
nunca olvidaremos todos los beneficios recibidos en estos días.”* (cfr. Sal 102)

Sí queridísimas, en estos días hemos puesto en juego de nuevo la fuerza vital del Carisma pastoral, a través de la pasión por el Señor y por la humanidad, y la fatiga del discernimiento, queriendo abandonar nuestros esquemas para entrar en el proyecto de Amor de Dios, aquel don del Espíritu que el Beato Santiago Alberione entregó a nuestra Congregación con gran confianza.

Con alegría hemos escuchado de las palabras del Fundador, que resonaron en estos días, la belleza de nuestro carisma pastoral, que es la vocación misma de Jesús Buen Pastor, su misma misión: llevar las personas a la salvación, conducir las al Padre, como madres en el Espíritu, que cuidan y hacen crecer la vida en Cristo. Esa misma Vida que nos pide una continua, cotidiana conversión del corazón, base indispensable de toda conversión pastoral. Es éste el arte de vivir bajo la guía del Espíritu, que hace nuestra vida profundamente mística y profética.

Entonces agradecemos ante todo al Señor, que una vez más en estos días nos ha manifestado su cura amorosa y paciente, también a través de la fraternidad serena y cordial vivida entre nosotras. Lo que Él ha suscitado en nosotras lo podremos realizar si seremos humildes y abiertas, si continuaremos dando confianza al Espíritu y permaneceremos radicadas en Cristo Pastor. Desarrollaremos así la capacidad de continuar viendo horizontes nuevos y nos ayudaremos a habitarlos de manera creativa.

Hemos llegado al final de nuestro Seminario de estudio, pero estamos sólo en el inicio de nuestra reflexión, que continuaremos en las Circunscripciones a través del empeño personal y comunitario, en vista del 8CG que celebraremos el próximo año.

Regresando a casa, las Hermanas nos preguntarán qué hemos hecho en este Seminario; tal vez esperarán refinadas reflexiones teológicas sobre el tema. No nos apuremos en responder, sino que invitémoslas a mirar nuestra vida ahora y luego pidámosles mirarla de nuevo dentro de un poco de tiempo: si algo ha cambiado, ha mejorado en nosotras, ¡entonces tendrán la respuesta de lo que aquí ha sucedido!

Las muchas provocaciones recibidas nos han tocado en profundidad y nos han dado la oportunidad de compartir la belleza de nuestra vocación y la vida que de ella brota, junto a la alegría de la fraternidad en la búsqueda y en el intercambio de lo que habita en nuestro corazón en orden a la misión pastoral. Estoy segura que lo que hemos vivido en estos días permanecerá como agua viva que surge en nosotras, como llama que transmite la luz recibida y no puede retenerla para sí. Una luz que iluminará todo nuestro camino sucesivo, cualquiera sea la situación en la que seamos llamadas a operar.

De la experiencia vivida en estos días de gracia quisiera subrayar lo que me parece que no podemos perder: ser personalmente y como Congregación una *vasija* cada vez más acogedora de la Vida que brota de la Fuente Trinitaria para derramarla sobre los demás: comunidad, pueblo de Dios, humanidad, los que nos han sido confiados en nuestro ministerio de cura, la entera creación.

Enamoradas del Señor, en una búsqueda apasionada de verdad y de transparencia, ayudémonos a llegar a ser como Congregación, un abrazo cálido y rico de simpatía, una presencia llena de la ternura de Dios para con nuestros contemporáneos, en comunión y santidad de vida.

Por esto, me parece que es posible re-expresar nuestro ministerio pastoral como *cura de la vida en Cristo*, la nuestra y la de los demás, en cada momento y en toda situación, en toda relación y en cada forma de servicio que estamos llamadas a desarrollar. Cuidar de la vida en Cristo como atención constante y como orientación de fondo de nuestro ser y operar en las diversas situaciones.

Acompañemos las personas al encuentro con Él, el Viviente, para que lleguen a ser siempre más sus discípulas en la comunión eclesial y sus misioneras en los propios ambientes de vida. Así podremos, nosotras mismas y los que acompañamos, llegar a los más lejanos, los alejados, y dar testimonio evangélico en el servicio a los más pobres.

De aquí la necesidad de una continua conversión personal y pastoral, también a través del discernimiento espiritual como estilo de vida y de misión. Dediquémonos al cuidado de la fe y de la identidad cristiana en diálogo con las culturas y los otros credos, con iniciativas de *instrucción*, custodiar la vida en Cristo en los bautizados a través de una sólida *formación* que los haga responsables y partícipes de la edificación de la comunidad cristiana y al servicio de la caridad. Conducir las personas a celebrar el misterio que viven en la oración personal y litúrgica como camino de *santificación*, para crecer cada día hacia Cristo, hasta llegar a su plenitud.

Un cuidado que llega a la sanación del corazón, que hace sentir la cercanía consolante de Dios a través de nuestro hacernos compañeras de camino que saben hacer visible “cómo se vive de personas redimidas”, porque la persona redimida es más bella que la creada en cuanto generada por la Pascua de Cristo.

Si nuestro Carisma es participar de la misma vocación de Jesús Buen Pastor, entonces Carisma y Cruz se acompañan porque siempre hay una muerte que vivir para dar la vida; hay una debilidad para acoger para que resplandezca la cura del Padre para con todos.

Esta cura pastoral la vivimos en el corazón de la Iglesia, mientras gustamos la fecundidad de ser Cuerpo de Cristo en la colaboración con los pastores y con los laicos, edificio espiritual de piedras vivas destinado a acoger todos los hijos de Dios dispersos.

Con María, Madre del Buen Pastor, dejemos espacio al júbilo del Espíritu que pone alas a nuestro cuidado pastoral, y como Pedro y Pablo nos hace humildes colaboradoras de la alegría de los demás.

Agradezco también a cada una de ustedes por el aporte ofrecido y por la responsabilidad con que han participado del itinerario propuesto. Un gracias especial a las Hermanas que nos han acompañado con la oración, a las Hermanas del Gobierno General y de la Comisión preparatoria, a los relatores y a los coordinadores P. Giancarlo Rocca y P. Germano Marani.

Nos auguramos que el nombre con el cual somos afectuosamente llamadas por la gente: “Pastorcitas”, un nombre pequeño, discreto, humilde, se convierta en un estilo de vida eclesial, que podamos testimoniar en la Familia Paulina y en la compañía de los hombres, como modo profético de vivir la misión pastoral.

*Hna. Marta Finotelli
Superiora General*

Roma, 20 de junio de 2010
XII Domingo del Tiempo Ordinario